

EL OLVIDO POSTERGADO*

Alberto Sánchez Galeano
Universidad del Valle

*«Ayer será, lo que ha sido mañana.
Nuestras historias de hoy no
tienen que haber sucedido
ahora»*

Günter Grass

RESUMEN

El presente ensayo intenta mostrar algunos de los aspectos de mayor relevancia dentro del desarrollo del conflicto armado en el país. Cuestiones tales como el silencio, la delimitación de las acciones que reclaman, el acallamiento, la vulnerabilidad y la ausencia de un reconocimiento real, se configuran como parte del conglomerado de aspectos que conforman el motor que activa el sistema de detrimento de la vida civil en Colombia. Los esfuerzos del escrito, están dirigidos a dar una muestra de las condiciones en las que se encuentran estos aspectos, pero a su vez, a incentivar una actitud crítica en contra de las características, que de una forma o de otra, flagelen la integridad nacional e individual. El análisis está mediado por consideraciones provenientes del pensamiento fenomenológico, en voz de pensadores como Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty.

Palabras clave: Silencio, Acción, Reconocimiento, Historia, Conflicto, Perdón, Memoria.

ABSTRACT

The essay shows some of the most relevant aspects inside of the development of the reinforced conflict in our country. Question as the silence, the delimitation of the actions that claim, the fragility and the absence of a veracious acknowledgement, are part of the group aspects that adjust something to the civil life detriment in Colombia. The efforts of the essay are directed to give a show of the conditions in are that aspects, but simultaneously, attempt to promote a critic reflection against the characteristics that hurt the individual and collective national integrity. The analysis is mediated by the considerations proceeding from the

* Recibido julio de 2006; aprobado septiembre de 2006.

phenomenological knowledge in voice of philosophers like Jean Paul Sartre and Maurice Merleau-Ponty.

Key words: Silence, Action, Acknowledgement, History, Conflict, Forgiveness, Memory.

Nuestra Historia está ocurriendo ahora. Ocurre en parques, en calles y sobre hombros. Se dibuja afuera y adentro, encima y en medio. Se desborda y choca contra los instantes que produce y que la sustentan. Nuestra Historia es. Somos parte de una actualidad viva; hijos de nuestro propio momento. Pero por desgracia, nos sentimos ajenos a ello, como espectadores imprudentes de un presente que desconocemos; que espiamos temerosos subidos en un palco alejadísimo; de una que no es para nosotros sino la manifestación del porvenir más cercano, pero más ajeno.

Nuestra época no es nuestra. Es, al parecer, la de otros que se nos parecen, que mal la digieren, otros que comienzan el discurso con palabras fuertes y repetidas, y lo culminan con la punta del fusil por delante. Afirman muchos que es esta la época de los violentos, afirman otros, que es esta la época del renacimiento de un país que, por más de medio siglo, se ha visto envuelto en un conflicto armado en el que las balas hieren a distancia y con puntería miserable, a cada generación que se pone al frente. Aparecen otros con su proclama infantil que enuncia la llegada del tiempo del perdón y el olvido, de la instantánea reconciliación, de la resolución mágica del conflicto. Se afirman cosas diversas.

Afirmaciones de todo tipo rondan la escena cotidiana y el lenguaje popular, cadenas de palabras que permiten ver detrás de la boca de sus portadores, a personas consientes de que forman parte de un conflicto, que se cercan con ellas mismas. Por desgracia, personas resignadas. Víctimas en potencia, definidas así por ellas mismas. Blancos móviles vestidos de civil, objeto del advenimiento sorpresivo de la fuerza irreprimible de los violentos. Estas afirmaciones provienen del ritmo acelerado con las que se reflexiona hoy por hoy en el país. Ante cualquier noticia, cualquier imagen, cualquier sonido, aparece, como invocada, una afirmación pegada por lado y lado a un juicio de valor, más aún, juicios de valor revistiéndose de otra cosa.

Esta *reflexión* está solamente sustentada en los sentimientos propios de cada cual, cuando no en los de otro o en los un colectivo que comparte rencores. Es el reflejo de una nación criada dentro una educación endeble y tambaleante, principal víctima de años de inestabilidad pedagógica y social. Por ello, es necesario que se propongan las herramientas

necesarias para un replanteamiento de la educación, de la *reflexión* y en instancia última de los actos, que gracias a los lineamientos rígidos e impenetrables del silencio –bajo el que se educa a las nuevas generaciones–, están cercados, delimitados, sí, hoy en Colombia los actos están condicionados. Disciplinas como la Filosofía o la Historia, están en capacidad de ofrecer las herramientas necesarias para el desarrollo de un pensamiento que permita vislumbrar la naturaleza del conflicto en Colombia, pero en mayor medida, de propiciar que el individuo reconozca las condiciones bajo la que él es parte del conflicto.

1. El acto condicionado

Como puede verse en las enardecidas películas de cine mudo, el silencio implica acción. La promueve, la invita, la sustenta y disfruta de ella. Luego, cuando ya la acción se dibuja encima del silencio y ha contribuido al libre desarrollo de la naturaleza narrativa de la pieza cinematográfica, éste, recupera sus propiedades e invita, acto seguido, a una nueva acción. En Colombia, el silencio no es promotor de acciones, ningún *hacer* sustenta al silencio con intención de contribuir al normal desarrollo de la vida nacional. Por el contrario, en nuestro país, *el silencio*, es vejador de estas, delimitador e implacable herramienta del condicionamiento de la acción.

53

Por *silencio* se entiende la falta de palabra. Dentro del cine mudo, por continuar con el ejemplo, la palabra se presenta como *no-necesaria*, puesto que los demás elementos de la escena configuran un lenguaje en el que ésta resulta saturadora, totalmente perjudicadora a la hora de crear el ambiente requerido para el desarrollo natural de la pieza. En el cine mudo, esta *palabra* que no participa en la escena, se deja por fuera, puesto que su presencia se postula como un obstáculo hacia la realización de los objetivos primarios. Dentro de las características que trae consigo el *silencio* en nuestro país, parecen haber similitudes interesantes a las condiciones del cine mudo como se ha visto, puesto que se relega a la palabra, pero a diferencia de éste, no se postula la acción que la reemplaza.

El *silencio* o *acallamiento* en nuestro país deja de lado la palabra, pero no cualquier tipo de palabra. En el cine mudo bien podría encontrarse una *palabra-que-anuncia*, puesto que si esta fuese necesaria, enunciaría, pondría de manifiesto la acción a seguir y el silencio dependería por completo de ella. En cambio, dentro de nuestro contexto social, la palabra dejada de lado es *la-palabra-que-reclama*. Ésta palabra, anuncia y reclama, se configura como *palabra*, pero igualmente, su reclamo se concibe como factor relevante de acción.

La posibilidad de anunciar requiere que exista una relación entre lo enunciado y quien enuncia, relación que está remitida al lenguaje. Para filósofos como Nietzsche, el ser jamás alcanza a conocer la cosa, sino, que la relación que establece con esta, está determinada por el conocimiento que éste posee acerca del nombre con que la designa; a su vez, el hecho de propiciar un reclamo establece que quien reclama se ha hecho conciente de su situación, que es capaz de reconocer las condiciones que le rodean y a las que está remitido. Con esto, podemos entonces establecer que el devastador papel que juega el silencio en Colombia, radica en que este funciona como punto de quiebre entre el sujeto y el mundo, puesto que veja a la palabra que lo sitúa y a su vez a lo que viene con ella. El mundo que se posee se ve claramente perdido.

54 Con la imposición del silencio viene el resquebrajo de la relación propia con el mundo. La posibilidad de establecer una relación nominal con *la cosa* permite acceder a ella, desbordarse sobre ella. La Historia nos brinda gran número de ejemplos que nos permiten tener idea más clara de este aspecto. Estos ejemplos, son las historias de las comunidades silenciadas, cuya palabra está por completo vejada; cuya relación con el mundo se ha visto remitida a la eliminación, y en su lugar se ha puesto otra que no es propia, una ajena.

Cuando los españoles pisaron la tierra de esta América, los nativos que aquí se encontraban llevaban ya mucho en práctica de una relación con su medio. Había nombre para las cosas, actitudes frente a las cosas, conciencia de los objetos que componían el medio. Pero los españoles, por la fuerza, relegaron esa relación al olvido e impusieron otra que era resultado de su propia relación con el medio. Con uno que estaba mediado por kilómetros de agua. Los nativos tuvieron entonces frente a ellos un mundo que era el mismo que habían tenido antes, pero delimitado por otras condiciones para ingresar en él. Un mundo disfrazado y abstruso, uno que era el suyo, pero que ya no les pertenecía.

El silencio en Colombia propicia, no un cambio del mundo en general, pero sí la forma de ingresar en él. La *expresión* configura la manifestación del pensamiento, «la posesión del lenguaje se entiende, primero, como la simple existencia efectiva de *imágenes verbales*, eso es, de vestigios que los vocablos pronunciados u oídos han dejado en nosotros»¹. El lenguaje propio se pierde, es transfigurado y convertido en una bella lengua muerta; los rigores de una relación nominal con las cosas es

¹ MERLEAU-PONTY Maurice. *La Fenomenología de la percepción*. Ediciones Península. Barcelona 1975. P.53

establecida en los términos de la más abigarrada dificultad, por lo que a su vez, el sujeto se ve inmerso en un mundo que no entiende, en uno que lo atraviesa y lo deja a medio camino en una intención de comprenderlo. Aquí, para hacer referencia a las condiciones del silencio en Colombia, debe decirse que el lenguaje como tal es igualmente cambiado. No en detrimento del desarrollo del idioma, pero sí a favor de un adiestramiento del lenguaje cotidiano.

Las palabras viejas, esas a las que las generaciones mayores declaran bellas, están muriendo. Dentro del repertorio que posibilita la comunicación fluida y diaria están ya instaladas palabras como «violencia», «conflicto»; expresiones tan reveladoras pero tan negativas como «estamos en guerra» o la recomendación siempre certera de las despedidas: «cúidese». Otras tan controvertidas como «perdón», «olvido» «reconciliación». Para muchos los días saben a peligro, a constante amenaza, a mirada sospechosa de ojo magnánimo y dañino. En definitiva, el lenguaje está siendo reemplazado, transformado en otro que nos remite a un ambiente de total hostilidad, puesto que estamos dejando de lado el lenguaje de la tradición y estamos apropiándonos del lenguaje que requiere la lógica de la violencia. Éste lenguaje, en palabras de los entes gubernamentales, juega un papel primordial en el camino hacia la reconciliación, pero al parecer, no cumple sino una tarea árida de unificación, una función homogenizadora.

55

El silencio o *acallamiento*, no es sólo propiedad de los protagonistas macerados del conflicto, las víctimas. Sino que igualmente este invade a los victimarios que se comunican a través de acciones brutales y a los entes gubernamentales. Estos no ejecutan estrategias de verdadera efectividad en busca de la resolución del conflicto, sino, que buscan tan sólo aplacar las opiniones. Aquí reside uno de los puntos de apoyo del silencio en el país. La pérdida de fe en los entes gubernamentales configura uno de los mayores focos de inactividad colectiva. Si quien representa a cierto colectivo no brinda la oportunidad de establecer verdaderas iniciativas en contra de los punzantes picotazos que los flagela, ese colectivo, esas individualidades que confluyen, no emprenderán iniciativa alguna en contra de esa amenaza.

Las estrategias emprendidas por el gobierno actual, parecen más los últimos intentos de un conglomerado agonizante que lucha por no parecer lo que en verdad es. La aplicación de aspectos tan delicados como la *justicia transicional* y la *justicia restaurativa*, es una de ellas. Y son delicados, puesto que si se saben aplicar, suavizan las condiciones dentro de la búsqueda de la resolución del conflicto, pero si por el contrario, quedan inclinadas en la balanza a favor de uno o de otro, se convierten inmediatamente en el punto coyuntural de total detrimento de las

condiciones. Como se dijo antes, uno de los puntos de apoyo del silencio dentro de la sociedad colombiana es la pérdida de la fe en los entes gubernamentales. Esto no sólo promueve al silencio, sino a otros aspectos que contribuyen en gran medida a la desintegración de la vida civil. Pero estas las citaremos más adelante. Por ahora, se dirá que la otra mitad de la columna vertebral del silencio en nuestro país es la *vulnerabilidad*.

Por *vulnerabilidad* entiéndase la característica que posee el cuerpo humano de ser flagelado, en mayor o menor medida. La noción de vida, la guerra, las organizaciones sociales están fundamentadas igualmente en este aspecto, puesto que a diario nos encontramos ante el momento en el que reflexionamos acerca de la mortalidad que nos representa y nos rige.

Dicho lo anterior puede ahora establecerse, en otras palabras, que en Colombia la *acción-como-tal* está condicionada. Éste condicionamiento es promovido por el silencio, que a su vez desemboca de la ruptura promovida por la fuerza de la relación entre el sujeto y el lenguaje propio. Ello a su vez está sustentado en la posibilidad con la que cuentan los violentos para la flagelación de la integridad física. La vulnerabilidad, como ya se había dicho, es lo que promueve al silencio, es lo que por

56

2. La vulnerabilidad

Todo aquel que está en el mundo, está en este como totalidad, *está-como-totalidad-que-es*. El actuar primario de toda acción violenta es quebrantar esta totalidad, interferir en ella y fragmentarla. Ello pasa en la guerra. El colectivo actúa como un conglomerado de individualidades que confluyen, que buscan irrumpir dentro de otras individualidades, que gracias a sus intereses, representan un peligro para la suya propia. «Cada uno es para sí mismo el ser a la vez más próximo y el más misterioso»², configurados como totalidad dependemos de nuestra *consideración* y de la de los otros en la intención de una relación clara con el mundo, pero estas consideraciones están ligadas a las condiciones que la época en la que se vive proponga.

En el caso colombiano, la *vulnerabilidad* configura una de las consideraciones individuales más relevantes, puesto que a nosotros mismos nos vemos como *vulnerables*, hay que observar aquí, que aunque esta sea igualmente la premisa de casi toda la humanidad, la conciencia que se tiene de la mortalidad va en alza irrefrenable cuando delante de sí

² ARON Raymond. *Introducción a la filosofía de la historia*. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires.

tiene un conflicto bélico. De igual a igual puede decirse que en el cualquier parte del mundo se puede morir en cualquier momento, pero hay quienes declaran que en Colombia hay que cuidarse más. Somos de las poblaciones más consientes de nuestra mortalidad, y no en términos de una reflexión acerca de las condiciones propias de la existencia, sino por el contrario, reflexionamos en función de ser muertos en potencia; posibles objetos de muertes inducidas por otros de manera irremediable.

Esta mortalidad tiene como medio de ingreso al individuo su cuerpo. Es el cuerpo lo que sustenta la relación sensorial que el individuo establece con el mundo. En este respecto, es meritorio e interesante tomar a consideración la obra del existencialista francés Maurice Merleau-Ponty, puesto que éste abre la posibilidad de reflexionar teniendo como presupuesto la relación del cuerpo humano con el mundo. Ha dicho Merleau-Ponty: «Ser cuerpo es estar anudado a cierto mundo, vimos nosotros, y nuestro cuerpo no está, ante todo, en el espacio: es del espacio»³. Podemos establecer este espacio no solamente en los términos físicos, sino igualmente proponer al individuo y a su cuerpo como propiedad de la historia que lo antecede. Como propiedad de la época en la que se sitúa. Época, en la que al ser parte de ella, tiene la posibilidad, como medio de establecimiento de nuevas acciones, la lectura de ésta. Igualmente es necesario reconocer la dimensión ocupada por el cuerpo, puesto que son las partes de éste las que se configuran como objetos de fragmentación, en palabras de Merleau-Ponty «...yo no estoy delante de mi cuerpo, estoy en mi cuerpo, o mejor, soy mi cuerpo»⁴. Según esto, reconozco en mi cuerpo mi propia unidad, no la unidad de las partes, sino, una que me hace partícipe de ella como motor de ésta.

«El cuerpo es nuestro medio general de poseer un mundo»⁵, con la pérdida de este cuerpo, o de alguna de sus partes, se pierde igualmente la posesión del mundo, la posibilidad de seguir conociendo, puesto que se ve fragmentada la totalidad. El miedo a esta pérdida sustenta la inactividad en la que el individuo recae, ya que prefiere la censura a la mutilación, a la pérdida total de la vida.

El medio de los violentos es siempre la represión. El uso de las distintas manifestaciones de violencia configura el terrible argumento que tienen estos, para mediocrementemente, justificar sus acciones. Estas acciones conllevan a que esa *totalidad-que-se-es* se sienta directamente amenazada. Ante tal hecho, la respuesta del individuo queda delimitada

³ MERLEAU-PONTY Maurice. *La Fenomenología de la percepción*. Ediciones Península. Barcelona 1975 p. 165.

⁴ *Ibid.* p. 167

⁵ *Ibid.* p. 163

por las condiciones de los violentos, que buscarán siempre la legitimación de sus acciones, pero no siendo esto posible, gracias al repudio que causan, remiten a la sociedad al silencio y a la inactividad. Según esto, la palabra y la acción se convierten rápidamente en objetos de censura y prohibición, puesto que a diferencia de las armas, estas son las herramientas con las que cuenta el pueblo para hacer frente a los violentos.

Establecidas ya las condiciones que propician la delimitación y condicionamiento de la acción en nuestro país, puede proponerse una alternativa a ello: *una-acción-que- reclame*.

3. La lectura de la época

58

«La existencia de que estamos más seguros y que conocemos mejor es indiscutiblemente la nuestra, porque de todos los demás poseemos nociones que pueden juzgarse exteriores y superficiales, mientras que a nosotros mismos nos percibimos interiormente, profundamente»⁶. En un contexto nacional como el nuestro se requiere por obligación un conocer íntimo de cada uno consigo mismo, uno que permita visualizar las cualidades de cada cual a la hora de jugar como partícipe de una re-fundación de la acción en Colombia. Y con conocer íntimo quiere decirse igualmente *reconocimiento*.

Para el filósofo francés Henri Bergson y para discípulos suyos como el sociólogo Maurice Halbwachs, estudiosos de los aspectos sociales de la memoria, la vida está sustentada en la memoria, puesto que para que el individuo proyecte su cotidianidad requiere a cada momento de la remembranza, del volver atrás en busca de lo que permite la estadía en el momento presente. Esta reflexión abre la posibilidad de ver en la *memoria nacional* un recurso relevante a la hora de ofrecer estrategias para la resolución del conflicto armado en nuestro país, igualmente para hacer referencia a la inexistencia de la posibilidad de un *olvido* en Colombia en estos momentos, pero también, hacia una «re-fundación de la *acción*».

En primera instancia debe decirse que no toda *acción* que se emprenda puede ser ejecutada en todo momento, puesto que no todas las épocas se ajustan a todas las acciones. Quiere decirse con esto, que la *acción como tal* debe estar mediada y precedida por una lectura de las condiciones que se estén desarrollando, para que así la naturaleza de la *acción* ingrese en la *época* de la forma más penetrante y abigarrada, para ser moldeada pero moldear a su vez. Se requiere en Colombia una

⁶ BERGSON Henri. *Memoria y vida*. Editorial Altaya. Barcelona. 1994. Pág. 68

lectura sincera de las condiciones, una puesta de la época sobre la mesa de las consideraciones para ser vista en toda su extensión, no a medias como se presenta ahora. Estanislao Zuleta hablaba de un conflicto entregado al público a medias, por retazos, que unidos, conformaban un rompecabezas de fichas ajenas a sí. Mientras no sea así, mientras la población civil no pueda reconocer en el conflicto una unidad que destroza la vida civil y deje de verlo como un mero acontecer esporádico de perversiones, no podrán establecerse estrategias que estén marcadas con el sello de la contundencia.

Una época no se lee sola, no se sienta por sí misma y se autoconcibe como texto abierto. Disciplinas como la Filosofía, la Historia, ofrecen un sinnúmero de posibilidades para entablar un dialogo con los años en proceso, dotan al individuo de métodos y direcciones con la que le dan la posibilidad de constituir un repertorio de respuestas e indagaciones. Las épocas preguntan, pero igualmente ofrecen respuestas. La nuestra, esta época que se dibuja sobre Colombia, requiere de un interrogatorio exhaustivo que nos permita conocerle, pero igualmente clama ahora por las respuestas que más de tres siglos de historia llevan negándole. Existen las condiciones para que esta época sea leída. Ella requiere serlo y nosotros requerimos leerla. Pero no podrá hacerse mientras que las herramientas necesarias se nos presenten reacias y desobedientes.

59

La tarea de disciplinas como la Historia, la Filosofía, el arte, la Literatura, debe estar direccionada a establecer un compromiso con la época que las promueve. Jean-Paul Sartre, en su texto *Qué es literatura* propone que «la literatura de una época, es precisamente aquella literatura que es capaz de digerir a su época. ¡Es esto lo que necesitamos! Una digestión de nuestro propio momento. Pero para ello las distintas disciplinas que encabezan el panorama de ideas en nuestro país, deben compartir entre sí un objetivo común, que mientras no se establezca, no propiciará las herramientas necesarias para la lectura de la época.

La Historia hoy es un compendio entre una rigurosidad extrema y un lenguaje tan frío que pasma el entusiasmo de quien se acerca ella, un velo urdido con alambres de hierro que no se dejan atravesar. Herbert Braun, proponía una reestructuración del lenguaje historiográfico, con la intención de dibujar sobre la historiografía moderna una Historia contada como relato, una que permita que entre su lenguaje y el lector, se establezca una relación amena, estrecha, tibia. Ello contribuiría a que el conocimiento de nuestro legado se intensificase, puesto que los densos volúmenes se convertirían en relatos que permitirían conocer una Colombia que para muchos está hoy olvidada y hasta muerta.

Es precisamente por este camino por donde va el *reconocimiento* referido antes. Conocemos partes de nuestro momento, y es así puesto que no conocemos lo que hay detrás. Nuestro pasado es la historia de otros que estuvieron antes, de otros que igualmente estuvieron inmersos en un época, pero de una que no conocemos, que está alejadísima de nosotros, cuando son esas historias las que conforman nuestro legado; cuando son nuestras. La Historia debe ofrecer la posibilidad de traer hasta aquí una Colombia pasada, de traerla y mostrarla, pero no de forma impenetrable, sino de accesible manera. Debe permitir involucrarse con ella, tocarla, entregarla y vivirla. Mientras no sea así, las condiciones de nuestro momento seguirán remitidas a la penumbra en la que se encuentran, esa que no deja sino acercarse hasta determinado punto, porque después es ya problema de otros.

60 La literatura por su parte debe encarar los años y magnificarlos, extraer de ellos lo necesario para que no se olviden jamás, bien dijo Sartre, digerir esos momentos, digerir la época. William Ospina afirma que el gran reto de Colombia está en reconocerse en sí misma, y no se equivoca, pero para que ello sea posible, cada uno de los protagonistas de esa colectividad, cada individualidad confluyente y conciente, que es nuestro país, debe poder apropiarse de la historia que lo antecede, tomarla por el cuello y exigirle respuestas, señalándole siempre hacia delante y reclamándole por ese legado común que requerimos para reconocernos, ese que hace claras las letras de nuestra era y nos permite leer esta época.

4. La postergación del perdón

Las instituciones gubernamentales proponen hoy iniciativas hacia la paz, invierten en ello y fundamentan allí su función. Por desgracia, la gran mayoría de ellas va por otro camino, por uno distinto por el que debería ir. El detrimento las condiciones de la educación, el aumento inaudito de los niveles de hambre en la niñez, la resignación ante la problemática, configuran la esfera de problemas sociales colombianos, pero ante los ojos del estado parecen no relevar. Esta falta de efectividad gubernamental, acompañada de la clara perdida de fe en los entes estatales configura un punto coyuntural dentro de la continuación del conflicto en el país. Mientras exista hambre dentro de gran parte de la población infantil, esta población no es apta para ser educada, no cumple las condiciones mínimas para ingresar en un proceso educacional y ello desemboca en la continuación de la problemática social.

Dentro de las ciudades puede encontrarse gran número de manifestaciones violentas. Desde la delincuencia común, hasta los

resultados a los que lleva el altísimo nivel de intolerancia, que a su vez está fundada en el sabor a riesgo que tiene salir a diario a afrontar la jornada. La falta de efectividad por parte del estado en la solución de estos problemas enciende el motor de la retroalimentación de los mismos, ya que cada vez es más y más parte de la población civil que cae en la miseria, cada vez más los casos de la toma de justicia por las propias manos ante la impunidad miserable que recorre las calles.

El estado debe primero proponerse la solución de estos problemas para luego establecer iniciativas hacia la conciliación con los grupos subversivos. La aplicación en Colombia de propuestas como la *Justicia Transicional* y la *Justicia Restaurativa* tiene gran tras de sí gran número de factores que no las promueven, puesto que se pretende en la mayoría de las ocasiones que los atropellos y los flagelos hendidos en la piel de la dignidad queden en el olvido, todo ello, para promover la solución al conflicto. Solución, que en voz del estado ha sido bautizada como «reconciliación». Una *reconciliación* que no es posible, ya que arrastra detrás de sí a la ausencia de efectividad en la resolución de problemas sociales, al ánimo, por demás inaceptable, de ir hacia la impunidad y la propuesta casi infantil de incentivar un olvido casi mágico. Por ello, lo que el estado hace, se presenta como el repertorio de iniciativas hacia la resolución del conflicto, pero lo que deja de hacer, que es más de lo que hace, se presenta como el panorama de obstáculos hacia su realización.

61

Mientras no llegue una lectura apropiada y comprometida de la época a favor de la búsqueda de iniciativas contundentes en la solución de las problemáticas sociales que aquejan al país, mientras el estado no se ponga al frente de una representación civil verdadera, mientras que la *acción* siga estando delimitada y condicionada por el *silencio*, mientras no estén dispuestas las herramientas necesarias para promover la apropiación del legado común en busca de la conformación de una *memoria nacional*, mientras las *acciones* no se *re-funden*, mientras la inaceptable impunidad nos lama las suelas de la dignidad, el perdón en Colombia seguirá doblado en los cajones de la postergación, y así, los hombros de miles de colombianos seguirán revestidos por los tules sombríos del rencor y de la resignación.

Bibliografía

- Aron, Raymond, *Introducción a la filosofía de la Historia*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires.
- Bergson, Henri, *Memoria y vida*, Editorial Altaya, Barcelona, 1994.
- Halbwachs, Maurice, *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004.

- Grupo praxis, *Los Filósofos, la Política y la Guerra*. Unidad Gráfica de la Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Junio de 2002.
- Merleau-Ponty, Maurice, *La Fenomenología de la percepción*, Ediciones Península, Barcelona, 1975.
- Sartre, Jean-Paul, *Las moscas*, Alianza Losada, Buenos Aires, 1990.
- Zuleta, Estanislao, *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva*, en Revista Universidad Nacional sede Medellín, Número 12, 1989.